

Reseña de *La révolution agro-écologique*

Review of *La révolution agro-écologique*

EGUZKI URTEAGA¹  0000-0002-8789-7580

¹Universidad del País Vasco, España

1. Datos Bibliográficos

Autor de la obra: Matthieu Calame

Título de la obra: *La révolution agro-écologique*

Ciudad de edición: París (Francia)

Editorial: Seuil

Fecha de edición: 2023

Número de páginas: 128

ISBN: 9782021499544

2. Resumen expositivo

Matthieu Calame acaba de publicar su libro, titulado *La révolution agro-écologique*, en la editorial Seuil. Conviene recordar que el autor es ingeniero agrónomo y director de la Fundación Charles Léopold Mayer para el progreso del ser humano tras haber sido, durante tres años, presidente del Instituto Técnico de Agricultura Biológica (ITAB). Entre sus libros, podemos citar *Une agriculture pour le XXI^{ème} siècle* (2007), *La tourmente alimentaire* (2008) *Comprendre l'agro-écologie* (2016), *Enraciner l'agriculture* (2020) o *La révolution agro-écologique* (2023).

En la presente obra, el autor constata que la invasión parcial del territorio ucraniano por las tropas rusas en 2022 ha reavivado las cuestiones alimentarias y agrícolas, poniendo de manifiesto la doble dependencia de los países occidentales en estas materias: de forma directa, hacia los productos agrícolas importados, y, de manera indirecta, “hacia los factores de producción indispensables que son los carburantes y los fertilizantes a base de nitrógeno, vinculados al gas y al petróleo” (p.7). De hecho, si, en apariencia, el sector agrícola de las sociedades desarrolladas parece

Fechas • Dates

Recibido: 2024.01.16
Aceptado: 2024.04.26
Publicado: 2024.05.27

Autor/a para correspondencia Corresponding Author

Eguzki Urteaga
eguzki.urteaga@wanadoo.fr

ser eficiente, en realidad, “es incapaz de superar las crisis que lo amenazan. Sus fundamentos se fisuran bajo los duros golpes de los acontecimientos climáticos, tales como la ocurrencia creciente de las sequías, de los tornados y de las lluvias [torrenciales]. Simultáneamente, el despertar de los imperialismos y la perspectiva de enfrentamientos de alta intensidad se acompañan de una fragmentación del mundo, que convierte en más aleatoria la confianza en un mercado mundial proveedor de alimentos o de medios para producirlos” (p.7).

Ante semejante panorama, se pregunta el autor: ¿Cómo prevenir la agravación anunciada de estas crisis? ¿Cómo alimentar, en el futuro, a 8 o 9 mil millones de seres humanos, al tiempo que se preserva el suelo, el agua y los equilibrios biológicos de los que depende la supervivencia de la especie humana? ¿Cómo proteger la agricultura y la alimentación, y a qué nivel? Lo cierto es que el modelo agro-industrial muestra señales de agotamiento y “la agricultura, como el conjunto de la actividad humana, se distancia del modelo industrial y contempla una [unión] con la ecología”, lo que da pie a la revolución agro-ecológica que el autor teoriza, ilustra y defiende en esta obra (p.9).

Calame recuerda que, en las últimas décadas del siglo XX, la cuestión agrícola se ha eclipsado. La industrialización y la urbanización han conducido a la desaparición progresiva del campesinado y, posteriormente, al rápido debilitamiento del mundo agrícola. Si durante el siglo XIX, se aplica la ley de los rendimientos decrecientes en materia agrícola, inspirándose en la teoría del economista liberal Ricardo (1999, primera edición en 1817), y se procede a un ajuste entre la población y la alimentación, inspirándose en Malthus (2020, primera edición en 1798), y el inicio del siglo XX hereda del pesimismo maltusiano, la segunda mitad del siglo XX contradice las predicciones del economista británico fallecido en 1834, dado que el crecimiento demográfico se compagina con la intensificación creciente del cultivo de la tierra. No en vano, en las sociedades industriales posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la mecanización ha llevado a una disminución constante del empleo agrícola, hasta convertirlo en algo marginal, cuando se situaba entre el 50 y el 90% de dicha población, según los países, en el siglo XIX. Si la industrialización de la agricultura ha permitido una disminución notable de la hambruna, ha hecho desaparecer la sociedad campesina (Mendras, 1970).

No en vano, a partir de los años sesenta y setenta del pasado siglo, surgen ciertos interrogantes a propósito de las consecuencias a medio y largo plazo del desarrollo industrial sobre los recursos del planeta. La obra *Printemps silencieux* de Rachel Carson (2019) sobre el problema de los pesticidas o *Small is beautiful* de Ernst Schumacher (1979) a favor de otro sistema de desarrollo dan cuenta de ello. Pero, el temor de la hambruna ya no figura en la agenda política y, “en la euforia de su triunfo, al término de la Guerra Fría, el bloque occidental, dominado por el neoconservadurismo, cree en el ‘fin de la historia’” (p.10), según la expresión de Francis Fukuyama (2009). En este contexto, la cuestión agrícola es meramente un objeto conflictivo entre los Estados Unidos y la Unión Europea en materia comercial, en plenas negociaciones del *General Agreement of Tariffs and Trade* (GATT), es decir del *Uruguay Round* que se desarrolla entre 1986 y 1995.

No obstante, los temas ecológicos no desaparecen del debate científico. Numerosos estudios llevados a cabo confirman los temores iniciales, sin provocar por ello una reacción política. Los decisores pretenden arreglar la cuestión climática organizando cumbres internacionales y consideran que la innovación tecnológica permitirá encontrar una solución. Como lo indica el autor, desde la perspectiva actual, “estos Treinta Neoliberales (1979-2008) parecen estar muy despreocupados” (p.10).

Pero, a partir del nuevo milenio, la relativa quietud de la opinión pública se desvanece como consecuencia de cuatro acontecimientos relevantes que propician una toma de conciencia.

- El 28 de julio de 2006, “el fracaso del ciclo de negociaciones de Doha, en el marco de la Organización Mundial del Comercio (OMC) que tropieza sobre la cuestión agrícola, ratifica el final del proceso de globalización económica” (p.11).
- En 2008, “como consecuencia del rápido aumento del precio del petróleo y de la crisis financiera, los precios de los productos agrícolas se disparan. (...) Alcanzan su máximo en 2010 y desempeñan un rol determinante en el desencadenamiento de las Primaveras Árabes” (p.11).
- En 2010, consecutivamente a la sequía, “Rusia interrumpe sus suministros de trigo, agravando las tensiones en los mercados. (...) La perspectiva de que un clima imprevisible y no controlable se convierta en el factor determinante de las cosechas se impone (...). Y, lejos de mejorar, la situación parece agravarse” (p.11). Por lo cual, a partir de 2009, la Organización de Naciones Unidas por la Alimentación y la Agricultura (FAO) “lanza la iniciativa *Climate Smart Agriculture* que aspira a promover unas prácticas más resilientes ante el calentamiento climático” (p.11).
- En 2010, el relator de Naciones Unidas sobre el derecho a la alimentación, Olivier de Schutter, escribe en su informe anual que, para conseguir ese objetivo, “no es suficiente con [invertir] más dinero en la agricultura. Lo más importante es tomar unas medidas que faciliten la transición hacia un tipo de agricultura con escasas emisiones de carbono, [que permitan ahorrar] recursos [y] que beneficien a los agricultores más pobres” (pp.11-12). Ese informe analiza de qué manera “la agro-ecología, como modo de desarrollo agrícola que ha tenido un notable éxito a lo largo de la última década, podría jugar un rol central en la consecución de ese objetivo” (p.12). Es la primera vez que, a semejante nivel de responsabilidad, se cuestiona la agricultura industrial y se promueve la agro-ecología.

En los años posteriores, concretamente entre 2006 y 2010, el cambio de perspectiva se acelera. El cúmulo “de malas cosechas, [episodios] climáticos, bloqueos políticos, disturbios [que se transforman] en revoluciones, y, por último, la emergencia al más alto nivel de una crítica del modelo agronómico han creado (...) las condiciones socioculturales para [un cambio]”, empezando por una modificación de la mirada sobre las políticas agrícolas (p.12). La idea según la cual el modelo de la agricultura industrial está agotado y necesita una profunda reforma deja de ser una opinión marginal y se compagina con un consenso científico sobre el calentamiento climático. Esto despierta las reticencias del sector agro-industrial que intenta proteger sus intereses. A pesar de estos intentos, se impone la idea según la cual la agricultura industrial provoca unos profundos desequilibrios ecológicos.

Se multiplican las iniciativas y los conceptos alternativos, tales como la agricultura integrada, razonada, sostenible, de precisión, de conservación, ecológicamente intensiva, etc. Las propias administraciones públicas incluyen algunas de estas nociones en sus planteamientos. Así, en la ley de futuro para la agricultura, la alimentación y el bosque, del 14 de febrero de 2013, “el gobierno francés retoma el término agro-ecología, y la FAO y el COAG (*Committee on Agriculture*) lo han finalmente integrado en su agenda al término de un proceso de tres años, de 2014 a 2017” (p.13).

No en vano, esta modificación progresiva de la legislación apenas se traduce en las políticas públicas elaboradas y posteriormente implementadas. De hecho, “las políticas agro-industriales y sus instituciones permanecen y prosiguen su trayectoria, [a pesar] de sus efectos sociales, políticos y ecológicos” (p.13). Y los cambios realizados son marginales, cuando no son puramente simbó-

licos. Esta situación resulta del modelo de gestión compartido de la agricultura industrial y del poderío del complejo agro-industrial. Esto contrasta con los cambios rápidos que se producen en los hábitos de consumo y las expectativas crecientes de la ciudadanía hacia la agricultura biológica que representa un sector económico emergente.

Semejante situación genera un divorcio creciente entre el sector agro-industrial y la ciudadanía. Y, las modalidades actuales de elaboración de las políticas agrícolas “no permiten reducir la distancia que se amplía entre la sociedad y los actores del sector. La rigidez del marco favorece la rigidez de las posturas de los actores. El énfasis puesto en los dispositivos de apoyo a la producción agrícola a corto plazo (...) descalifica los temas y los retos esenciales a medio plazo” (p.14). El complejo agro-industrial se resiste a abrirse a otros actores, concepciones y prácticas. Considera la agricultura como su coto privado, lo que lo lleva a considerar los actores de la sociedad civil organizada como intrusos y a descuidar las demandas sociales en materia de contaminación del agua por los nitratos, el tratamiento químico de los cultivos o el bienestar animal.

Pero, nos dice el autor, “la agricultura es algo demasiado serio para ser confiado a un solo sector. La implicación debe estar a la altura de sus efectos” (p.15). Según Calame, para tratar correctamente la agricultura del siglo XXI, es preciso “superar la producción inmediata [y] renunciar a hablar únicamente de políticas agrícolas [para priorizar] una visión más amplia que englobe la sanidad, la alimentación, la agricultura, la energía y el desarrollo rural. [Y] la organización sectorial de las políticas agrícolas debe estar subordinada a una perspectiva territorial” (p.15). Esta visión coincide con el enfoque del desarrollo territorial elaborado en los años setenta. Aunque, por aquel entonces, la relación de fuerzas no permitía su extensión y traducción en políticas públicas, la situación ha cambiado desde entonces.

De hecho, un número creciente de personas residentes en zonas urbanas mira hacia el campo. “No se trata únicamente de una franja de pioneros neo-rurales, sino de un movimiento más amplio (...). Esta nueva oleada puede beneficiarse de su experiencia, e incluso de las innovaciones sociales puestas en marcha en materia de circuitos cortos, de acceso a la tierra y al crédito, de funcionamiento colectivo. Ese deseo de territorialización multiforme constituye una fuerza social emergente. Más allá de estos urbanos que dan el paso y forman los neo-campesinos, existe una masa de urbanos que presienten que, por causas ecológicas o socioeconómicas, una parte de su futuro se juega en el campo situado a proximidad” (p.16).

Por lo cual, en un primer capítulo (pp.19-37), el autor presenta “una retrospectiva de la aparición de las políticas agrícolas modernas, de su éxito, en la medida en que han respondido a los retos de la época y a las principales expectativas de sus promotores”. En efecto, a partir de inicios del siglo XIX y hasta finales de los años sesenta del siglo XIX, se opta por una agricultura intensiva e industrial cuya misión consiste en alimentar a la población tras periodos de penurias y privaciones.

No en vano, como lo muestra Calame en un segundo capítulo (pp.39-61), ese modelo entra en crisis por razones económicas, sociales y técnicas pero también sanitarias y medioambientales. De hecho, a partir de finales de los años sesenta, las políticas agrícolas implementadas a nivel estatal y luego igualmente a nivel europeo muestran señales de agotamiento con el aumento del tamaño de las explotaciones agrícolas, el incremento constante de la producción así como el uso creciente de fertilizantes y máquinas que se traducen por la multiplicación de las crisis de sobreproducción, la pérdida de rentabilidad de la actividad y la fragilización de las pequeñas explotaciones familiares; sin olvidar su impacto negativo sobre los ecosistemas y el medioambiente (p.50).

En un tercer capítulo (pp. 63-70), el autor aborda “un concepto clave para las sociedades ecológicas, el de la multifuncionalidad de los territorios, que, a imagen de los ecosistemas, constituyen unos sistemas de interacción entre dinámica biológica, ciclo del agua, función paisajística, etc.”, antes de esbozar, teniendo en cuenta los retos actuales, los principios de una política agro-ecológica inscrita en el marco más global de las sociedades ecológicas.

En un cuarto capítulo (pp.71-89), centrado en la arquitectura de las políticas agro-ecológicas, Calame considera que es preciso actuar a tres niveles: en los factores de producción; en el acompañamiento de los actores, proporcionando un marco jurídico que organice su actividad; y, regulando los mercados que compran y venden los productos agrícolas (p.71). Evoca “los grandes principios de semejante sociedad, tales como la gestión de la energía y de la biomasa, que tendrán un impacto considerable en [el] uso del espacio rural”, y aborda asimismo “los principios específicos de la gestión ecológica de los espacios rurales” y la necesidad de apoyar la sobriedad de los territorios (p.85).

En un quinto capítulo (pp. 91-100), que se titula *El realismo de la revolución*, considera que, para llevar a cabo la revolución agro-ecológica, es preciso abordar tres cuestiones fundamentales: la cuestión financiera, la cuestión política y la cuestión geopolítica. Así, en la última década, tanto los Estados Unidos como Europa han invertido más de 10.000 billones de dólares en la transición agroecológica y pueden ir más allá si existe una voluntad política. A su vez, solamente una organización federal capaz de definir unos objetivos comunes y su reparto entre los territorios está en condiciones de poner en marcha una gestión coordinada entre las distintas escalas territoriales (p.94). Por último, la cooperación internacional resulta indispensable, dado que una política agro-ecológica mundial “debe necesariamente acompañarse de transferencias financieras para acompañar la convergencia, de instrumentos de intervención y de instituciones comunes para gestionarlos, así como de instancias de coordinación” (p.96).

En ese sentido, el objetivo de esta obra es partir “de una historia de las políticas públicas en materia de alimentación y de agricultura, para sentar las bases de una política integrada de la alimentación y de los territorios rurales. Camale resume sus principios de la siguiente manera: 1) esta política pública “está subordinada a la cuestión energética, que se halla en el corazón de la mutación de las sociedades termo-industriales hacia las sociedades ecológicas”; 2) se trata de “una política de gestión de los ecosistemas (una geo-jardinería en lugar de una geo-ingeniería)”; 3) es federalista, “porque, del nivel planetario al nivel individual, necesita el relevo de diversas escalas territoriales”; 4) esta política “debe apoyarse en la formación de una nueva identidad socio-profesional, los neo-campesinos”; 5) su principio básico es “encarecer o hacer difícilmente accesibles los medios de producción que deben ser preservados (...) y mantener un precio elevado de los productos agrícolas, favoreciendo económicamente los sistemas que producen mucho con poco”; y, 7) exige “una dirección colectiva que necesita la puesta en común de los medios, recurriendo especialmente al impuesto sobre los factores raros que deben ser ahorrados, como la tierra y el agua” (pp.102-103).

La cuestión de la rareza lleva el autor a desarrollar una reflexión más amplia sobre la manera en que las sociedades se gestionan, en relación con las tesis defendidas por Ostrom (2010) sobre los comunes. De hecho, existen dos maneras de solucionar los problemas entre las personas: la regla común o la transacción bilateral. En lugar de fijar un precio y de crear un mercado, Camele considera más eficaz dotarse de normas comunes. En ese sentido, si una política alimenticia y territorial es difícilmente concebible sin un mercado, una fiscalidad, unas inversiones y unas subven-

ciones, el núcleo de estas políticas “está constituido por prohibiciones y deberes que conciernen a los elementos naturales imposibles de cuantificar monetariamente, tales como la biodiversidad, la porosidad del suelo, la resiliencia alimentaria, etc.” (p.105). Es la razón por la cual, insiste el autor, es necesario “reflexionar sobre las maneras de instaurar un nuevo orden ecológico” (p.105). Ese cambio puede ser progresivo ecologizando la legislación con menos mercado y más leyes, menos transacciones y más convenios.

Al término de la lectura de *La révolution agro-écologique*, es obvio reconocer la gran actualidad del tema abordado y el profundo conocimiento del mismo del que hace gala el autor, dado que ha dedicado varios libros a la cuestión alimentaria, a la agricultura contemporánea y a la agro-ecología. Ofrece un panorama a la vez global y preciso de la cuestión agraria, las políticas agrícolas, el modelo agro-industrial, los principios agro-ecológicos y la arquitectura de las políticas agro-ecológicas. El razonamiento es coherente, el pensamiento articulado y la conceptualización adecuada. El autor pone su expertise en defensa de una tesis clara que consiste en promover una revolución agro-ecológica dentro de un nuevo orden ecológico. En ese sentido, la dimensión normativa tiende a veces a imponerse a la faceta puramente analítica.

Bibliografía

- Calame, M. (2007). *Une agriculture pour le XXI^{ème} siècle*. Paris: Éditions Charles Léopold Mayer.
- Calame, M. (2008). *La tourmente alimentaire*. Paris: Éditions Charles Léopold Mayer.
- Calame, M. (2016). *Comprendre l'agro-écologie*. Paris: Éditions Charles Léopold Mayer.
- Calame, M. (2020). *Enraciner l'agriculture*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Calame, M. (2023). *La révolution agro-écologique*. Paris: Seuil.
- Carson, R. (2019). *Printemps silencieux*. Marseille: Éditions Wildproject.
- Fukuyama, F. (2009). *La fin de l'histoire et le dernier homme*. Paris: Flammarion.
- Malthus, T.R. (2020, primera edición en 1798). *Essai sur le principe de population*. Paris: Flammarion.
- Mendras, H. (1970). *La fin des paysans*. Paris: Armand Colin.
- Ostrom, E. (2010). *La gouvernance des biens communs. Pour une nouvelle approche des ressources naturelles*. Bruxelles: De Boeck.
- Ricardo, D. (1999, primera edición en 1817). *Des principes de l'économie politique et de l'impôt*. Paris: Flammarion.
- Schumacher, E.F. (1979). *Small is beautiful*. Paris: Points Seuil.